

Náufragos o navegantes: elementos para una metaforología náutica de la existencia

Shipwrecked or Boaters: for a Nautical Metaphorology of Existence

Enver Joel TORREGROZA LARA
Universidad del Rosario (Colombia)
enverj.torregroza@urosario.edu.co

Recibido: 18/01/2015

Aceptado: 24/06/2015

Resumen

Ante la tarea diaria de mantener a flote una vida con sentido, ciertas comprensiones de la existencia como totalidad pueden ser más funcionales que otras. Todo depende de la metafórica de fondo que sostiene a esas comprensiones y de su rendimiento hermenéutico, esto es, de su capacidad para proveer sentido, ya sea como respuesta a las preguntas por la razón de ser de todo, ya sea como visiones que nos retan a actuar de una u otra forma. El propósito del artículo es examinar el rendimiento hermenéutico de algunos tipos de comprensión de la existencia como totalidad que recurren a la metafórica de la navegación. Para ello se contrasta el examen que hace H. Blumenberg de la metáfora del “naufragio con espectador” como paradigma de la existencia, con una “metafórica de la navegación constante”, que le quita poder al recurso hermenéutico de las situaciones límite y el final de la existencia, para así aprender a valorar las tareas prosaicas que suelen hacer significativa la vida de los seres humanos.

Palabras clave: antropología, hermenéutica, metaforología, Blumenberg.

Abstract

In order to keep afloat a meaningful life, some ways of understanding the existence as a whole may be more functional than others. This functionality depends on the metaphorical background that holds these understandings and their hermeneutical performance: on one hand, their ability to provide direction as responses to questions about the meaning of anything, on the other, as visions that challenge us to act

in one way or another. The purpose of this article is to examine the performance of some types of metaphors in order to understand the existence as a whole. It contrasts H. Blumenberg's assessment of the metaphor "shipwreck with spectator" as paradigm of existence, with the assessment of "constant navigation", as a metaphor that allows us to appreciate the mundane tasks that usually make significant the life of human beings.

Keywords: anthropology, hermeneutics, metaphorology, Blumenberg.

1. El problema de la supervivencia antropológica

Ante la perspectiva inminente de un final absoluto de la existencia, las actividades prosaicas que conforman el día a día de la existencia humana tienden a perder su valor. A medida que se acerca el fin, o simplemente se cree que éste se aproxima, se suele incrementar el desprecio por lo cotidiano: los sencillos hábitos que llenan de significado la vida diaria. Ya sea pensado o vivido como un "final del mundo", una "extinción de la especie" o simplemente como la muerte individual, la tensión generada por la inminencia de un final de los tiempos —o de nuestro tiempo en la tierra—, provoca alteraciones en la conducta, pues lo que es usual, aquello a lo que estamos acostumbrados, deja de valer de la misma manera que antes. Tales alteraciones se desprenden de un cambio en la forma como se valoran las actividades que constituyen un presente con futuro. Pues al experimentarse el temor de que no haya ya más futuro, todos los esfuerzos actuales para hacerlo viable comienzan a perder sentido. Pero también los empeños cotidianos para asegurar el presente, que en una situación así ya no parecen servir de nada. Pareciera entonces que estuviéramos autorizados para hacer cualquier otra cosa fuera de lo común, como extralimitarnos, cometer locuras o actos heroicos. La fórmula bíblica "Comamos y bebamos que mañana moriremos" (1Cor. 15:32) es solo un ejemplo más de esta idea: la pérdida de valor de lo prosaico ante la amenaza de la muerte. Como igual nos vamos a morir, parece sugerir el apotegma bíblico, no importa si aceleramos el proceso destruyéndonos con excesos. La cercanía del fin nos puede hacer despreciar lo que antes estimábamos como bueno, útil o necesario, incitándonos a establecer una nueva escala de valores, en la que actos otros actos esforzados parecen más significativos.

Pensar que la inminencia de la muerte relativiza el valor de lo que usualmente valoramos es una constante en el pensamiento ético occidental. Se trata de un modo de proceder reflexivo que se ha utilizado como piedra de toque para medir lo que se supone es el valor de ciertas cosas frente a otras. No en vano la ética antigua recurre en algunos momentos a la metáfora del naufragio para ponernos a pensar en una situación análoga: ante la amenaza de perderlo todo se resalta el valor de lo que realmente vale, esto es, de aquello que no se hunde. Sólo que la metafórica del naufragio y los náufragos se orienta en su estructura hacia el modo correcto de sobrevivir a una suerte de tránsito por el umbral de la muerte. El náufrago es en todo

caso aquel que sobrevive, no simplemente aquél que sufre; y la enseñanza filosófica comienza tras haberse salvado del hundimiento, no antes. Zenón de Citio llega a la filosofía gracias al naufragio de su nave cerca al Pireo, pues “sólo como náufrago he viajado feliz por el mar” (Diógenes Laercio VII, 1,2). Tras naufragar en la costa de Rodas, Aristipo logra salvarse al descubrir en la arena figuras geométricas, índice inobjetable de la presencia de inteligencias (lo cuenta Vitrubio en *De architectura* VI, 1-2).

Desde una perspectiva filosófica el problema de la existencia del hombre no se reduce a mantener las condiciones de posibilidad de su supervivencia de un ser vivo en un determinado medio ambiente, sino que implica tratar de sostener algunos mínimos de significatividad que hagan viable su seguridad ontológica, continuamente amenazada. Por seguridad ontológica se entiende aquí el poder mantenerse a flote, evitando el hundimiento definitivo y la pérdida de sentido absoluta. La seguridad ontológica se corresponde, por ello, con la posibilidad de configurar mundos de la vida de los hombres — recurro aquí a la interpretación antropológica marquardiana de la exitosa metáfora de fondo husserliana¹ —, espacios de movilidad en los que podamos desplegar modos de vida soportables para un ser finito, esto es, adecuados a la escala humana. La seguridad ontológica no radica entonces en derrotar de forma definitiva el mar, o en abandonar por alguna estraña suerte la condición de navegantes permanentes, de *nautas*, sino en lograr construir un aparejo funcional para poder flotar.

¹ O. Marquard, “Der Mensch ‘Diesseits der Utopie’. Bemerkungen über Geschichte und Aktualität der philosophischen Anthropologie”, en O. Marquard, *Glück im Unglück. Philosophische Überlegungen*, München, Wilhelm Fink, 1995, pp. 142-155, aquí p. 146; *Felicidad en la infelicidad*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 170. El concepto husserliano de mundo de la vida, *Lebenswelt*, tuvo su origen y encontró su efecto hermenéutico de forma parecida a como surgió y luego tuvo éxito el concepto kantiano de *Weltanschauung*, “visión de mundo”; una creación, dice Blumenberg, “absolutamente paradójica atendiendo a su presupuestos” (H. Blumenberg, *Lebenszeit und Weltzeit*, Fráncfort, Suhrkamp, 1986, p. 9), ya que el mundo, en tanto que “totalidad ideal de los fenómenos” absolutamente inalcanzable, por principio, no puede ser objeto de intuición [*Anschauung*]. Sin embargo, la recepción de ambos conceptos ha explotado su dinámica polisemia, su plástica diseminación, y de ahí su efectividad, convirtiéndolos en expresión de la necesidad, siempre renovada, de tener intuiciones de aquello de lo que no podemos tener intuición. El concepto “mundo de la vida” es un concepto límite, pero por ello mismo podemos entenderlo, más bien, como una metáfora que permite navegar por aguas en las cuales los tiesos conceptos con pretensiones unívocas no logran flotar. Sobre una metáfora así se puede decir que: “Cuanto más nos alejamos de la distancia corta de la intencionalidad realizable y nos referimos a horizontes totales que nuestra experiencia no puede ya atravesar y delimitar, tanto más impresionante resulta el empleo de metáforas; la ‘metáfora absoluta’ es a este respecto un valor límite”. (H. Blumenberg, *Schiffbruch mit Zuschauer, op. cit.*, aquí p. 90; trad. cast, p. 101). De algún modo, el retorno al mundo de la vida característico del empeño fenomenológico de encontrarle raíces significativas a la teoría, puede ser interpretado como un descenso al lugar de las metáforas fundamentales (*ibidem*, p. 87-88), aquel lugar de desplazamientos, comercios y tránsitos sin los cuales no puede haber significatividad, ya que es difícil concebir los fenómenos del mundo sin un mundo en el cual ellos puedan sostenerse.

La posibilidad de hablar con sentido de “lo humano” está expuesta a diversas amenazas, incluyendo aquellas que la misma actividad filosófica plantea cuando desconfía *a priori*, o por inercia metodológica, de cualquier categoría heredada con pretensiones de universalidad, o cuando se desentiende, con justicia o no, de todo proyecto con vocación esencialista. Las ciencias también incurrir en procesos autodestructivos análogos en su empeño por resolver, consciente o inconscientemente, la problematicidad ontológica constitutiva de lo humano; incluso cuando desdibujan sus fronteras, diluyendo las realidades de los seres humanos en explicaciones de base que, si bien no deberían ser más que funcionales hipótesis de supervivencia, terminan solidificándose. Al amenazar, sin embargo, las posibilidades de supervivencia del sentido del hombre, sacudiendo y desdibujando las fronteras siempre móviles de los espacios culturales de significatividad que lo hacen viable, se ponen en riesgo las posibilidades de entendimiento de lo humano en el marco de los proyectos modernos de conocimiento. Pero también, y lo que es más grave, se desvirtúa el valor concreto de nuestros modos de existencia cotidianos que, distantes de la crítica científica o filosófica, son los que a fin de cuentas hacen sostenible nuestros mundos de la vida y nuestra existencia histórica. Las filosofías y las ciencias contemporáneas, en tanto espacios de configuración de los escenarios de trasfondo para el despliegue de nuestros modos de ser, no dejan por ello de tener una responsabilidad pragmática en la orientación de la acción humana, validando axiológicamente tareas existenciales y proyectos históricos de vida.

El proyecto filosófico de Hans Blumenberg ha abierto la puerta a la comprensión de la manera en que elaboramos antropológicamente el problema —planteado en la Modernidad— de la inseguridad ontológica constitutiva del hombre². Tal trabajo antropológico de supervivencia consiste en elaborar recursos de interpretación de la existencia, que desde una perspectiva metaforológica merecen ser evaluados en su rendimiento vital, en su impacto pragmático orientativo. Tomando como punto de partida esta interpretación antropológica —de inspiración blumenberguiana— del problema de la inseguridad ontológica humana desplegado en el mundo moderno, cabe llevar a cabo un examen, por lo pronto esquemático, de la funcionalidad hermenéutica de distintos tipos de comprensiones gnósticas³ de la mundanidad del mun-

² Esta interpretación de Blumenberg se puede encontrar también en A. Frago, “La destrucción blumenberguiana de las comprensiones teológicas de la modernidad”, en *Endoxa* 26, 2010, pp. 243-278; A. Frago, “La ontología cosmológica en la obra temprana de Hans Blumenberg: las *Beiträge* y *Die ontologische Distanz*.”, en *Res publica* 23, 2010, pp. 93-122, y en los trabajos de C. González Cantón, “Blumenberg versus Heidegger: la metaforología como destino de la analítica existencial”, en *Anuario Filosófico* XXXVIII, 83, 2005, pp. 725-746; “La metaforología en Blumenberg como destino de la analítica existencial”, Tesis doctoral de la Universidad Complutense de Madrid, Director Ramón Rodríguez García, Madrid, 2004; y “La metaforología como laboratorio antropológico”, estudio introductorio de H. Blumenberg, *Conceptos en historias*, Madrid, Síntesis, 2003, pp. 9-25.

³ “Funcionalmente gnósticas” y no “substancialmente gnósticas”, ya que no interesa aquí realizar nin-

do, sopesando precisamente su capacidad para darle “mundo” a los modos de ser humanos. A partir de la propuesta filosófica de Blumenberg se pueden desarrollar por lo menos dos tipos distintos de aproximaciones metodológicas al problema de la autocomprensión humana como tarea fundamental de la filosofía: 1) una fenomenología de la supervivencia antropológica, que por supuesto se puede ocupar de las elaboraciones de nuestra variable significatividad yendo más allá de las fronteras de lo que se pueda denominar filosófico *strictu sensu*, y 2) una valoración antropológica de tales elaboraciones hermenéuticas. Semejante ejercicio podría producir una tipología básica de configuraciones metaforológicas de nuestra condición mundana moderna, no porque sustancialmente éstas se puedan definir, sino porque pueden ser caracterizadas *funcionalmente* para abrir o cerrar escenarios de significatividad, ya sea porque plantean retos a la existencia o porque provocan respuestas para sobrellevarla. Dentro de esos paradigmas de una metaforología de la existencia, sobresale la metafórica de la navegación.

Se puede distinguir en el marco de tal metafórica particular, la metafórica náutica, dos tendencias contrapuestas de comprensión de la mundanidad del mundo: una que valora el mundo prosaico en el que diariamente vivimos y otra que lo desprecia o lo sacrifica en aras de modo de existencia heroico. Ambas operan a partir de dos configuraciones distintas de gnosticismo funcional, que no debe ser confundido con el gnosticismo histórico o con un gnosticismo substancial que asume compromisos ontológicos no alterables históricamente.

La tarea del mantenimiento de ciertos mínimos de significatividad como condición de posibilidad de modos de existencia humana, esto es, como modos de configuración de mundos de la vida para el hombre, no sólo implica reconocer la función de las formas comprensivas de fondo que metaforológicamente permiten representar lo irrepresentable, sino que también implica asumir de entrada una serie de presupuestos antropológicos con los cuales hay que contar para que la reflexión filosófica así orientada sea operativa. Una suerte de *metacomprensión* filosófica, que no deja de desenvolverse con los mismos recursos, se asoma tras todos estos empeños hermenéuticos de nuestra situación histórica —leída en clave de condición ontológica—. Las metáforas de fondo de las que vamos a hablar a continuación permiten por tanto ofrecer una mirada comprensiva al movimiento *oscilatorio* en el que la misma filosofía en su situación histórica contemporánea navega, entre lo trascendente y lo inmanente, pero también entre aquella reflexión que pretende tematizar nuestras condiciones de posibilidad metaforológicas de existencia y la reflexión que no habla sobre ellas sino que *viaja en ellas*, no pudiendo evitar dejarse configurar por la pregnancia significativa del vehículo con el que navega. Una nave que funge como

guna reconstrucción de las tesis del gnosticismo histórico, sino más bien comprender lo “gnóstico” como una categoría filosóficamente funcional para dar cuenta de diferentes esquemas de negación del valor del mundo, que varían dependiendo del tipo de “mundo” o realidad cuyo valor se niega.

trasfondo provisional pero funcional para sostener la reflexión en la superficie del mundo de la vida de los hombres.

2. La ontonáutica y la metafórica de la navegación constante

Entre las configuraciones metaforológicas, la metafórica náutica destaca por su plasticidad, visible tanto en sus variadas recepciones como en sus metamorfosis, permitiendo ofrecer productivas perspectivas hermenéuticas sobre el trasfondo inconceptualizable de la existencia humana⁴. Asimismo tal metafórica también destaca por su funcionalidad a la hora de representar las posibilidades del hombre para encontrar su lugar en el mundo, para configurarse un mundo apropiado que supla su carencia de esencia, y no sólo para asegurar el puesto de un ente en un orden que hace tiempo naufragó. El problema del puesto del hombre en el cosmos hay que entenderlo, siguiendo lo anterior, más bien como la tarea de responder humanamente, mediante la configuración de mundos de la vida que nos permitan flotar, al reto representado por la pérdida de un orden total. El hombre moderno no sólo debe sobrellevar la carga — y la descarga — de la muerte de dios, sino que también ha tenido que asimilar otra noticia digna del Zaratustra: “el cosmos ha muerto”.

A partir del trabajo hermenéutico de Hans Blumenberg sobre la metafórica náutica, que revela la imagen del naufragio con espectador como paradigma de una metáfora de la existencia, es factible explorar, desde la perspectiva de su rendimiento antropológico, por lo menos un par de alternativas de interpretación posibles de la condición humana moderna como *condición navegante*: o somos *naúfragos* o somos *nautas*. Con la primera alternativa, el pensamos como “náufragos”, queremos decir que hemos perdido no sólo la Tierra Firme y el puerto seguro del cual hemos partido, sino que también hemos tenido que abandonar un barco, probablemente mucho más funcional para navegar que nuestros brazos o los restos del naufragio. Con la segunda alternativa, la de entendernos como “nautas”, aceptamos nuestra condición presente como punto de partida irrenunciable y nos adaptamos a las condiciones que el medio de navegación impone: aprendemos a navegar con recursos escasos o aprendemos sencillamente a nadar.

En el primer caso puede ocurrir por supuesto que haya también una reacción proactiva: que en vez de lamentarnos de la caída, del haber sido arrojados —justa o injustamente—, hundiéndonos en la impotencia de la desazón y el desamparo, nos dispongamos a la tarea de volver al puerto originario, de recuperar la nave perdida o de avanzar con lo que nos queda para llegar pronto a un puerto mejor. Pero es sólo en el segundo caso, el del *nauta*, que podemos de entrada comenzar a apreciar en su justa medida los pocos recursos con los que contamos desde el nacimiento como seres acuáticos de superficie, donde la pobreza de nuestra condición y la

⁴ H. Blumenberg, *Schiffbruch mit Zuschauer, op. cit.*, pp. 9-12; trad. cast. pp. 13-16.

escasez permanente⁵ se convierten en nuestra mayor riqueza. El trabajo diario y prosaico de mantener a flote una morada siempre provisional adquiere otro valor, pues se lo deja de estar comparando con la posibilidad mítica de una situación previa o futura en la que no es necesario hacer esfuerzos para navegar. Una valoración así de la cotidianidad y del presente despotencia el impacto hermenéutico vital de la amenaza de hundimiento definitivo, esto es, de fin del mundo. Cuando el “mundo” lleva siglos acabándose, llega el momento en el que ya no podemos funcionalmente autocomprendernos como seres terrestres que necesitan un suelo sólido para existir. Tenemos entonces como nautas que transformar la tensión escatológica en tarea diaria y prosaica de elaboración de significatividad, y elaborar simbólicamente lo insoportable de una amenaza de hundimiento continua. No es fácilmente soportable la existencia si se la entiende como un alejamiento de un puerto originario, del que no debíamos partir, habiendo sido obligados a ello. La vida misma pierde su valor presente y su sentido si nos pensamos como meros sobrevivientes de un fin del mundo que ya pasó, extrañando un paraíso del que hemos sido expatriados, un barco del que hemos sido arrojados, o una Atlántida catastróficamente hundida.

En su examen de la metáfora del “naufragio con espectador”, Blumenberg ha indicado los puntos de oscilación entre los que se balancea la metafórica náutica heredada de la tradición. Por una parte, el mar como escenario de riesgo innecesario o, en su versión más extrema, como espacio indomable en el que el hombre no tiene lugar o donde, incluso, se encuentra con el *mal*. Por otra parte, el navegar en el mar como símbolo de nuestra situación vital permanente, una comprensión que es producto de cierta “acomodación náutica [*nautische Arrangement*]”⁶, presente en los usos modernos más recientes de la metafórica desde por lo menos Pascal, en la que,

⁵ La tesis de la “antropología del hombre pobre” (Blumenberg) o de la antropología de la carencia que exige descargas (Gehlen) o compensaciones (Marquard), está desarrollada por ejemplo en: H. Blumenberg, *Wirklichkeiten in denen wir leben*, Stuttgart, Reclam, 1981, p. 104 y ss. (*Las realidades en que vivimos*, Barcelona, Paidós, 1999, p.115 y ss); A. Gehlen, *Der Mensch*, Textkritische Edition, Teilband 1, Gesamtausgabe Bd. 3, Fráncfort, Klostermann, 1993, p. 20 y ss, 65 y ss. (*El hombre, su naturaleza y su lugar en el mundo*, Barcelona, Sígueme, 1980, p. 21; 40-41,71-72); O. Marquard, “Homo compensator. Zur anthropologischen Karriere eines metaphysischen Begriffs”, en *Philosophie des Städtischen*, Stuttgart, Reclam, 2000, pp. 11-29 (“Homo compensator. Acerca de la carrera antropológica de un concepto metafísico”, en *Filosofía de la compensación*, Barcelona, Paidós, 2001, pp. 15-31); O. Marquard, “Kompensation”, en J. Ritter, *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, Vol. 4, Basilea/Stuttgart, Schwabe, 1976, pp. 912-918; “Kompensation. Überlegungen zu einer Verlaufsfigur geschichtlicher Prozesse”, en K. G. Faber y Chr. Meier (eds.), *Theorie der Geschichte II. Historische Prozesse*, Múnich, DTV, 1978, pp. 330-362; y O. Marquard, “Glück im Unglück. Zur Theorie des indirekten Glücks zwischen Theodizee und Geschichtsphilosophie”, en *Glück im Unglück. Philosophische Überlegungen*, Múnich, Wilhelm Fink, 1995, pp. 11-38 (“Felicidad en la infelicidad. Para una teoría de la felicidad indirecta entre teodicea y filosofía de la historia”, en *Felicidad en la infelicidad*, Buenos Aires, Katz, 2006, pp. 11-41).

⁶ Blumenberg, *Naufugio con espectador*, op. cit., pp. 90, 92.

por ejemplo, el naufragio deja de ser una excepción y pasa a ser el punto de partida o la constante de nuestra existencia.

Como Blumenberg señala, la primera comprensión del mar, como componente fundamental de la metafórica náutica, no es la de un desplazamiento semántico o una atribución simbólica en la que el recurso significativo que se ha tomado prestado poco o nada tiene que ver con la realidad que se quiere representar, así sea indirectamente. El mar es de suyo peligroso como cualquier escenario de navegación, incluso en tiempos de su dominio cartográfico, tecnológico y satelital, o de la virtualización de los medios de navegación. En las variaciones modernas de la metafórica, en la que se asume positivamente toda incursión en el océano profundo como una deseable experiencia de aventura, exploración, conquista, colonización, explotación y dominio, el mar no deja de ser un lugar de riesgos. Lo que habría cambiado es la actitud ante estos últimos, su valoración, junto con la consideración de las posibilidades efectivas de eludirlo.

Blumenberg se concentra en las variaciones y metamorfosis de la imagen funcional del “naufragio con espectador” cuya fama principal obedece al uso que hace de ella Lucrecio en el proemio al segundo libro de *De rerum natura*. De este examen sólo interesa aquí recuperar la idea de que el proceso moderno de “acomodación náutica” (de “vivir con el naufragio”) en el que el “espectador pierde su posición”, al asumir su lugar en medio del agua como una constante, no implica renunciar a la condición ambivalente del mar como espacio temible o deseable de riesgo, como ámbito de lo inhumano y lo extraño en el que paradójicamente nuestra existencia se hace comprensible, pues así como el océano nos separa, también nos acerca, así como nos roba, también nos prodiga. La imagen de un barco en medio del agua, o de cualquier nave flotando en un espacio navegable, como por ejemplo una nave en el espacio interplanetario, puede ser entonces asumida simbólicamente como configuración funcional de nuestra condición existencial, del “puesto del hombre en el cosmos”, permitiendo el despliegue de lo que se puede denominar una “ontonáutica”⁷.

Una idea como esta tiene mucho calado en la interpretación que hizo Julián Marías de las *Meditaciones del Quijote* de Ortega y Gasset —aunque en la formulación

⁷ Véase E. J. Torregroza, *La nave que somos: hacia una filosofía del sentido del hombre*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2014, pp. 69, 424, 459 y ss., donde desarrollo el concepto de ontonáutica como ontología metafórica de la existencia humana. Hermann Timm utiliza en cambio la expresión “absolutismo ontonáutico” (“Diesem ontonautischen Absolutismus...”: H. Timm, “Nach Ithaka heimzukehren verlohnt den weitesten Umweg. Nostrozentrische Kosmologie – nautozentrische Metaphorik” en F. Wetz y H. Timm (eds.) *Die Kunst des Überlebens. Nachdenken über Hans Blumenberg*, Fráncfort, Suhrkamp, 1999, pp. 55-67). Timm habla de ontonáutica para describir la caracterización de la existencia como navegación permanente, sin puerto de salida o de llegada, que ofrece Blumenberg en *Naufragio con espectador*, en contraste con la crisis de conciencia de posicionamiento ontológico abierta en la modernidad descrita por Blumenberg en la *Génesis del mundo copernicano (Die Genesis der kopernikanischen Welt)*. Coincidimos en todo caso con Timm en su descripción del carácter posfundamentalista de la metafórica náutica en Blumenberg.

de Marías no haya nave de soporte, o la nave devenga en el mismo nadador que se enfrenta con las olas—:

“Cuando un hombre cae al agua, es el agua su problema; el nadador, en lugar de buscar algo fuera, se apoya, para flotar y sobrevivir, en el agua misma que amenaza anegarlo. No existe otro método que este natatorio cuando nuestro problema es, ni más ni menos, el de la *realidad*, es decir, cuando se trata de la metafísica”⁸.

El mismo Ortega en su famoso “Pidiendo un Goethe desde dentro” hace una alusión análoga que no puede dejar de conectarse con los comentarios de Blumenberg sobre la carta de Georg Simmel a Marianne Weber. En esa carta Simmel se insinúa a sí mismo como un navegante sin puerto de llegada, como un viajero que ha de morir a bordo sin tener la oportunidad de arribar a puerto alguno⁹. No hay que olvidar que Ortega leyó con avidez el libro de Simmel sobre Goethe, por lo que cabe sospechar que las conexiones aquí son más que meras asociaciones libres¹⁰. En un breve pero muy significativo pasaje Ortega sintetiza los contenidos fundamentales de la “ontonáutica”:

“La vida es en sí misma y siempre un naufragio. Naufragar no es ahogarse. El pobre humano, sintiendo que se sumerge en el abismo, agita los brazos para mantenerse a flote. Esa agitación de los brazos con que reacciona ante su propia perdición, es la cultura — un movimiento natatorio. Cuando la cultura no es más que eso, cumple su sentido y el humano asciende sobre su propio abismo”¹¹.

En esta comprensión de nuestra circunstancia Ortega no se limita a aplicar un procedimiento de “acomodación náutica” en el que el espectador del naufragio traslada su posición de la orilla al mar, sino que establece como punto de partida nuestra situación navegante, rompiendo nuestra conexión con puertos de salida y de llegada. Aunque en esta descripción de Ortega sigue existiendo por supuesto la idea de trasfondo de un viaje con principio y fin, una suerte de curva de navegación entre dos puntos, curva de la que nos habríamos distanciado producto del naufragio. La idea de naufragio contiene aún los efectos de una caída al agua no voluntaria en la que hay una pérdida y que puede por ello ser romantizada, esto es, interpretada en su sentido dramático y trágico.

⁸ J. Marías, “El primer libro de Ortega”, en J. Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 28.

⁹ H. Blumenberg, *Die Sorge geht über den Fluss*, Fráncfort, Suhrkamp, 1987, pp. 122-124 (*La inquietud que atraviesa el río*, Barcelona, Península, 2001, pp. 98-10.)

¹⁰ N. Orringer, “Simmel’s Goethe in the Thought of Ortega y Gasset”, en *MLN* 92, 2, 1977: pp. 296-311.

¹¹ J. Ortega y Gasset, “Pidiendo un Goethe desde dentro”, en *Obras completas*, Tomo 4, Madrid, Revista de Occidente, 1947, p. 397.

Justamente en su “Prólogo para alemanes”, Ortega caracterizó su giro hacia la situación concreta de la existencia, hacia la *circunstancia*, tras su periplo alemán, como un retorno a una realidad que poco o nada tendría de cómoda¹². El impulso orteguiano es el de la búsqueda de la “autenticidad”, con una carga heroica-épica que le hace desesperar de su extrañamiento del mundo por andra deambulando como un Quijote por los paisajes desolados de la filosofía trascendental de la consciencia, hasta el punto en que no duda en volcarse a la *res dramática* de un náufrago:

“Me encontré, pues, desde luego, con esta doble averiguación fundamental: que la vida personal es la realidad radical y que la vida es circunstancia. Cada cual existe náufrago en su circunstancia. En ella tiene, quiera o no, que bracear para sostenerse a flote”¹³.

Sin embargo, y a pesar de la insistencia en la necesidad de vivir una vida auténtica, propia de la filosofía de Ortega, no estamos obligados a comprender nuestra condición navegante como un conjunto de actos heroicos que inevitablemente terminan en tragedia. Mientras que para Ortega pocos son realmente los valientes —temerarios, habría que decir— que se atreven a vivir “auténticamente”, la vida misma enseña que basta con bracear para mantenerse a flote, lo que humanamente hablando no es nunca poca cosa. Así seamos conscientes de que el medio de navegación, el océano, sigue resultando una amenaza para nuestras perspectivas cotidianas de existencia, pues es lo suficientemente profundo como para abrigar toda clase de realidades indomables por el hombre, ello no significa que debamos sólo valorar formas de navegar o flotar impregnadas de un heroísmo trágico altisonante, y que despreciemos las prosaicas formas con las que comúnmente sobrevivimos.

3. En la cubierta: espectadores del propio “naufragio”

La cita de Ortega señala los dos *modos* básicos posibles de afrontar nuestra condición *ontonáutica*, entendida ésta como una funcional configuración metaforológica de fondo de nuestra situación histórica —interpretada ontológicamente—. Así como hay diferentes espectadores de un naufragio ubicados en distintas posiciones, cuando hablamos de los navegantes, esto es, de aquellos espectadores que ya no pisan tierra firme sino que observan su propia situación en medio del mar, también hay diferentes posibles reacciones ante el hundimiento.

¹² Dice Julián Marías: “El modo de ser de la vida humana le resulta visible a Ortega en ciertas formas extremas de ella, que acusan su consistencia más auténtica. Se le revela la estructura de la vida bajo la especie de la heroicidad o de la tragedia” (*op. cit.*, p. 27).

¹³ J. Ortega y Gasset, *Prólogo para alemanes*, Madrid, Tecnos, 2002, p. 62.

Las diferencias en las formas de contemplar la experiencia del “naufragio” pueden ser establecidas en función de la posición temporal con respecto al mismo. Por ejemplo, si estamos un momento previo distante del naufragio, en una situación de naufragio inminente, ya naufragando o después del hundimiento. Sin embargo, una caracterización más completa de las distintas formas de contemplar el “naufragio” debe tener en cuenta la circunstancia de flotación específica: si contemplamos en el mar el propio naufragio o más bien el de la nave vecina, si hay barco en el que flotar o estamos flotando con una tabla de salvación, o si meramente nos sostenemos con la fuerza de nuestros brazos. El mar no tiene por qué perder su condición ambivalente y por tanto su rostro también temible si asumimos nuestra condición navegante permanente, pues el hacer del “naufragio” una condición constante implica acostumbrarse a un modo de ser propicio para permanecer en la superficie del agua sin hundirse completamente, sin que ello implique que la posibilidad del hundimiento se haya desdibujado. Incluso si la “acomodación náutica” conduce a una situación de navegabilidad permanente en un aparejo de flotación, el naufragio sigue operando como posibilidad indeseable y el hundimiento como trasfondo irrecusable. Que el naufragio se haga condición permanente o que la navegación no se la entienda como un viaje que sale de un puerto y lleva a alguna meta no quiere decir que no haya que hacer constantemente el esfuerzo por *mantenerse a flote* teniendo que lidiar día a día con la amenaza del fondo.

Con respecto a la situación temporal la inminencia del fin activa reacciones que relativizan los modos de proceder cotidianos con los que nos mantenemos a flote. Simmel se habría preocupado de aquellos que en medio de su acomodación náutica terminaron por considerar su barco como si fuese tierra firme¹⁴. Un olvido así, si es pleno, trasporta evidentemente la circunstancia a un escenario en el que la postura del espectador es esencial en relación con la forma de juzgar antropológicamente el rendimiento de semejante autocomprensión. Pues observado desde afuera, que es el caso de la posición de Simmel, resulta preocupante si no ridículo el que unos pobres inconscientes caminen sobre la cubierta de una nave *como si* abajo no hubiese abismo marino alguno. Sólo que desde la perspectiva de quien pisa la cubierta, la nave no es nave y su acción no es un *como si* sino un *como tal*, en el que no hay peligro de hundimiento, pues quien vive la situación se sabe sobre piso firme. A la preocupación de Simmel habría que aplicarle lo que Blumenberg argumenta en otro lugar: “No deseo que se lleven a cabo incesantes esfuerzos por salvarme si ignoro totalmente que estoy en peligro”¹⁵.

Como contrapartida, exploremos el rendimiento metaforológico de una situación de naufragio inminente, donde la amenaza del final de la existencia provoca una tensión escatológica. En el cuento de Robert Louis Stevenson “*The Sinking Ship*”¹⁶

¹⁴ Blumenberg, *Die Sorge...*, *op. cit.*, p. 123; trad. cast., p. 99.

¹⁵ *Ibidem*, p. 93; trad. cast., pp. 75-76.

¹⁶ R. L. Stevenson, “El barco que se hunde”, en J. Bautista Duizeide (comp.), *Cuentos de Navegantes*, Buenos Aires, Alfaguara, 2008, pp. 277-279.

se plantea desde el título mismo la situación de fondo: todo barco está destinado a naufragar, es el mensaje ontológico destinal del filosófico capitán del cuento. Sin embargo, al mismo tiempo, en la breve historia se describe con aguda sencillez cuál es la situación, ya no “de fondo”, sino de superficie: la cubierta del barco que se hunde es el escenario donde una serie de protagonistas ofrecen el espectáculo de sus particulares reacciones ante la inminencia del fin: es una muestra de lo que puede ocurrir hermenéuticamente cuando lo que hay en el fondo sale a flote. La historia de Stevenson es simple: ante la inminencia del hundimiento, el segundo de abordaje le reclama al Capitán órdenes perentorias para evitar el hundimiento, pero el filosófico Capitán, además de recordar la vocación destinal de naufragio de toda nave, le reclama al marino su falta de decoro por presentarse sin afeitado. Que todo esté al borde de irse a pique no tiene porqué invitarnos a abandonar las prosaicas tareas diarias que hacen del mundo humano un mundo y que, a fin de cuentas, son las que nos permiten flotar, y ni hundirnos en el sinsentido.

La filosofía, que pareciera por definición la forma grave de preocuparse por las cosas, se convierte aquí en estrategia de *superficialización*, hasta el punto que el capitán le reclama al marino su descuido a la hora de acicalarse, la falta de arreglo cosmético, su indiferencia “cósmica” con respecto a las disposiciones cotidianas del mundo inmediato, justo cuando se enfrenta a una situación que para nada es incompatible con el modo de ser típico de un barco, pues un barco es a fin de cuentas un ser-para-el-hundimiento.

Los marcos generales de comprensión filosófica cumplen su función de orientación pragmática de la conducta y generan por tanto resultados distintos en las posibilidades de navegación, dependiendo de dónde se trace la línea entre lo cotidiano y el extremo, entre la normalidad y el peligro. Al final de la historia de Stevenson, el capitán sucumbe a los desafueros sentándose en la santabárbara a fumar, sin importarle que eso acelere el fin de la nave con una explosión. Un “viejo lobo de mar” le ha recordado que da lo mismo fumar sobre la pólvora o no en una situación de naufragio, pues a fin de cuentas el fin es inevitable.

Por ello, mantener permanentemente a la vista la amenaza del propio naufragio no resulta funcional para la supervivencia si se asume también la necesidad de justificación como una constante. Que al viejo lobo de mar sólo le baste una pregunta para borrar la diferencia entre lo que puede ser justificable y lo que no, en medio de una situación límite, no sólo demuestra lo insoportable que puede ser desentenderse de tal frontera, sino que también revela hasta qué punto el estar requiriendo justificaciones para la acción en todo momento y lugar puede volver agotadora la tarea de sobrevivir.

Tener que encontrarle razones a todo es aquí tan disfuncional cuando se trata de flotar como no tener justificación alguna para decidir entre dos caminos, aún más cuando lo que se pide es una razón *de fondo*. El capitán acelera el hundimiento porque sus razones han naufragado completamente antes que el barco. La necesidad

filosófica de fundamentación era tal que ante el más leve asomo de pérdida ya no pudo flotar más. Cuando se sabe que para permanecer sobre la superficie del agua no hace falta sino una tabla.

En ocasiones hay que actuar como los personajes del cuento de Voltaire cuando al final del *Cándido* se dedican a cultivar un huerto siguiendo el ejemplo de un anciano turco: “Trabajemos sin razonar [...] es el único medio de hacer soportable la vida”¹⁷. Por supuesto, al final de la historia, *Cándido* y Pangloss son sobrevivientes de innumerables desgracias, siendo esta historia otro ejemplo más de cómo se ha entendido en muchas ocasiones la “verdadera” filosofía como aquello que queda al hombre “tras el naufragio”. Sólo que esta vez hay que renunciar a las pesadas razones del filósofo Pangloss, para las cuales *Cándido* mantendrá siempre al final una fórmula en la punta de la lengua. Y hay que hacerlo con el propósito de llamarle la atención a Pangloss y dirigir de nuevo su mirada al modo de vivir prosaico que no necesita de justificaciones de fondo: “pero ahora tenemos que ir a cultivar nuestro huerto”¹⁸.

No es posible ser nauta sin apropiarse de la circunstancia oceánica, sin ocuparse de la tarea de mover los remos o los brazos para mantenerse sobre el agua, haciendo largos rodeos, desarrollando historias con las cuales elaborar y, con ello, diferir el encuentro definitivo e inexorable con el fondo. Si el temor es el de la pérdida de la tierra firme —sea ésta Dios, el cosmos, el Nuevo Mundo, la razón, el yo, la patria, el Estado, el futuro o el ser—, se trata de un temor infundado, pues el hundimiento de estas duras rocas ya ha ocurrido. Quien las busca, afanosa y heroicamente, sólo puede encontrarlas en el fondo del mar, la tierra firme que queda, allá donde están los restos de la Atlántida y el Titanic. Pero para sobrevivir no se necesita el valor temerario de quien tiene vocación de naufragio y condena la cotidianidad con todos sus tareas prosaicas de lidiar con unas olas. Más bien se requiere aprender a oscilar entre atender las tareas de navegación para no hundirnos, trabajando *indirectamente* nuestros problemas con el fondo, nuestras dificultades con la realidad, y la preocupación prosaica por lo banal. La ocupaciones prosaicas ocupan también el noble lugar de las razones insuficientes o funcionan como ellas, dando lugar a sentidos parciales, nunca absolutos, que son los que podemos obtener en medio de nuestra condición finita, para poder navegar vitalmente de ola en ola.

No se trata entonces, de renunciar a la historia, sino de multiplicarla en innumerables rodeos que, al vaivén de las olas, compensan nuestra vocación viajera y nuestra necesidad de orientación. Navegar combinando nuestro anhelo o temor de llegar algún lado con el gesto a veces necesario de permitir que la corriente nos arrastre un poco. Sin esa oscilación no sería soportable el tránsito de nuestra existencia. Sin orientar la mirada diariamente a lo prosaico, a lo mundano, la sola contemplación

¹⁷ Voltaire, “*Cándido*”, en *Novelas y cuentos*, Barcelona, Planeta, 1982, p. 98.

¹⁸ *Ibidem*, p. 99.

de nuestra insuficiencia ontológica de fondo nos habría hundido por completo hace rato. No podemos vivir en constante tensión, permanecer en vilo, como espectadores de un abismo al borde del naufragio, pues ese modo de existencia sólo podría invitar a descargas heroicas autodestructivas propias de quien no quiere una nave, sino un pilar sembrado en el fondo del mar o de quien quiere una justificación filosófica de fondo que se asiente con la firmeza que la brevedad de la vida humana no alcanza.